



**JACKSONIANOS Y JUARISTAS: UNA MIRADA A MODELOS CLÁSICOS DE LIDERAZGO
DEMOCRÁTICO COMO CLAVES PARA LA CARACTERIZACIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR
DE ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO**

JACKSONIANS AND JUARISTAS: A LOOK AT CLASSIC DEMOCRATIC LEADERSHIP MODELS AS KEYS
FOR THE CHARACTERIZATION OF THE UNITED STATES AND MEXICO EXTERNAL POLICY

Guillermo Manuel Villalba
Universidad Nacional de Córdoba
Universidad Siglo 21
guillevillalba9@gmail.com



Guillermo Villalba es Abogado por la Universidad Nacional de Córdoba, Diploma de Estudios Avanzados por la Universidad de Santiago de Compostela. Profesor de Derecho Internacional Público (UNC), Profesor de Derecho Internacional Público (UES21) y Profesor de Derecho de la Integración Regional (UES21). Es Miembro Titular de la Asociación Argentina de Derecho Internacional y maestrando en la Maestría en Relaciones Internacionales (CEA - UNC).



Resumen || El presente artículo tiene por objeto caracterizar sucintamente los modelos clásicos de liderazgo democrático, en los cuales los actuales presidentes de Estados Unidos y México se referencian determinadamente, transfiriendo rasgos particulares de aquellos liderazgos que dotaron de contenidos a la gestión y acción del Estado en su política interna y externa. Referiremos brevemente las administraciones de los presidentes decimonónicos, Andrew Jackson y Benito Juárez, y los componentes tradicionales atribuidos a los periodos de gobiernos respectivos y principios doctrinarios de derecho internacional que definieron las relaciones exteriores. Describiremos, además, vinculado a los modelos mencionados, estrategias comunicacionales utilizadas por México y Estados Unidos como bases de la política interna y como plataformas de proyección de la política exterior, que impactan en la toma de decisiones dentro del marco de la crisis de gobernanza regional y global de las relaciones internacionales actuales.

Palabras claves || Estados Unidos –Donald Trump – López Obrador– AMLO – Andrew Jackson – Benito Juárez

Abstract || The aim of this article is to succinctly characterize the classic models of democratic leadership, in which the current presidents of the United States and Mexico refer themselves, transferring particular features of those, providing significance to the management and action of the State in its internal policy and external. We will briefly refer to the administrations of nineteenth-century presidents Andrew Jackson and Benito Juárez and the traditional components attributed to the periods of respective governments and doctrinal principles of international law that defined foreign relations. We will also describe, linked to the aforementioned models, communication strategies used by both Mexico and United States, as bases in its internal policy and as projection platforms for foreign policy, which impact on decision-making within the framework of the Global and regional governance crisis current international relations.

Keywords || United States - López Obrador – AMLO – Andrew Jackson - Benito Juárez



1. Introducción

Todo aquello que los liderazgos nacionales pueden hacer o no hacer incide sobre las relaciones internacionales y sobre la propia estabilidad política de aquellos. Podemos pensar que, dado que los estados se vinculan mediante innumerables formas y en ámbitos diferentes, la interacción entre ellos resulta particular e irrepetible. Si esto fuera cierto, no se podrían producir investigaciones y análisis sobre las relaciones internacionales. Si la relación entre los estados (y demás sujetos o actores internacionales) fuera esencialmente única, no podría operarse un aprendizaje del pasado histórico ni de los principios generales que rigen esa vinculación. Felizmente, existe la evidente comprobación de que cada acontecimiento o confluencia entre las naciones no resulta único y que es posible realizar un seguimiento comparado de la historia y de las lecciones que nos deja la experiencia de su estudio.

Los líderes de las naciones pueden incidir en los cambios en la política exterior de un Estado cuando este no responde a elementos de naturaleza externa y se concentran en componentes domésticos, que a su vez corresponden a procesos de toma de decisión, de la conformación del sistema político y del tipo de liderazgo político que estos individuos asumen en representación del Estado. Esto nos abre a la comprensión de una dimensión fundamental de análisis: la manera en que los principales actores políticos alcanzan su legitimidad pública y el modo en que la utilizan en el ámbito interno o externo. Los hechos históricos colaboran en describir, sostener o impugnar ideas que rivalizan con otras, utilizadas a menudo en la política doméstica de los Estados, que inciden directamente en la política exterior y en las interacciones internacionales.

Durante la campaña electoral y ya electo como presidente de los Estados Unidos, Donald Trump asumió y pregonó deliberadamente los caracteres identitarios del séptimo presidente estadounidense, Andrew Jackson, asíéndolos como propios en la construcción de su liderazgo político. El actual presidente de México, López Obrador, utilizó con anterioridad a las elecciones de julio de 2018, en las que resultó electo con una amplia mayoría, la figura de Benito Juárez y lo convirtió en un ícono de su política exterior.

La política exterior de ambas naciones del norte de América se muestra inspirada en modelos clásicos de liderazgos democráticos (de la primera mitad del siglo XIX)

que son utilizados como recursos para sustentar y direccionar los ejes en los cuales se apoya la política del Estado, con matices más o menos actualizados a realidades coyunturales. Esta práctica se ha repetido continuamente en la historia de las naciones y existe el convencimiento de que ni la política de Estado que se perciba como la más improvisada puede eximirse de soportes simbólicos de tipo histórico de su identidad nacional e internacional. Refiriéndose a la actualidad de Estados Unidos, Zajec señala:

La administración Trump modificó la posición de Estados Unidos en muchos temas fundamentales: acuerdos comerciales, clima, confrontación con Corea del Norte e Irán. Sin embargo, esta ruptura con el pasado inmediato preserva lazos de continuidad con escuelas históricas de la diplomacia estadounidense. (Zajec, 2018)

En la crisis venezolana, de difícil resolución en el corto y mediano plazo, México interpuso su política de no injerencia, fundada en la doctrina Juárez (posteriormente se denominarán doctrinas Carranza y Estrada), que provocó la desactivación parcial del Grupo de Lima (GL), una instancia multilateral conformada antes de los comicios mexicanos que pusieron a López Obrador en la presidencia de México y que fuera creado para abordar la crisis venezolana. Ante esto, a partir de mediados de 2018, el diálogo hemisférico, con desacuerdos y acercamientos, fue protagonizado por Estados Unidos y México, en torno a la situación migratoria, a la negociación del nuevo NAFTA y a la mencionada crisis política en Venezuela. En ésta última situación, de alcance mundial, la administración Trump obtuvo un contrapeso en la respuesta de México que asumió decididamente una posición no intervencionista, lo que desestructuró la línea discursiva y política, tanto del GL como de la OEA. La política exterior desplegada por los actuales gobiernos de Estados Unidos y México es rica en definiciones y conceptos, percibida incluso como inédita, desde el punto de vista de la estrategia comunicacional. Ambas dedican esfuerzos en la construcción de una imagen que asuma una identidad definida, tanto en el ámbito interno como externo.

Desde una perspectiva dinámica, la historia de las naciones y de los pueblos, consiste en la recreación de lapsos y procesos históricos entendidos como relatos, y cada época incorpora sus atributos y simbolismos que la



caracterizan. Esto se evidencia notoriamente en la actualidad. Desde la filosofía de la historia, mejor lo ilustra Guilherme Melquior: "Sin embargo, debido a toda su novedad radical, la cultura moderna evidencia, en sus componentes principales, ser mucho una fuente, como una raíz que regresa el pasado, tanto occidental como no occidental". (Guilherme Melquior, 2007).

El auge actual de los llamados populismos trae aparejado, desde su núcleo fundacional, la confrontación con actores y grupos encuadrados en sólidos esquemas de una tecnocracia profesionalizada de la política. Hay quienes los comparan con los estilos de gobiernos de las primeras tres décadas del siglo XX. Pero aquel fue el momento de dos fenómenos dialécticamente unidos: el comunismo y fascismo.

Resulta más acertado el cotejo con los años 30 del siglo XIX. En Europa fue la década del romanticismo, cuyos sentimientos de patriotismo, unidad nacional, sentido de pertenencia a un espacio determinado, etc. de las naciones (surgidos de la posibilidad de la invasión napoleónica) marcó el término "popular" en el vocabulario político. En los Estados Unidos, el debate se centraba en dos grandes cuestiones: la hegemonía del *establishment* comercial y financiero de la costa atlántica y la cuestión india. México, en cambio, debatía su futuro inmediato, sumido en la urgencia de delimitar definitivamente sus fronteras y obtener el reconocimiento internacional de nación independiente y soberana, con estabilidad política y unidad territorial.

2. Un jacksoniano en la Casa Blanca

*Con solo que asuma tan bien los
acentos de otro, de suerte que puedo disfrazar mi
voz, el buen propósito que me ha inducido a
desfigurar mis rasgos tendrá plena eficacia.*

W. Shakespeare, El Rey Lear (Acto 1, Escena IV)

Hasta la llegada de Trump, la política exterior estadounidense estaba marcada por un relativo consenso en términos de principios, de valores y de orientaciones estratégicas. Detrás del abanico de anuncios en su primer año de mandato, las contradicciones y giros políticos y una serie de tuits, se identificaron elementos comunes que determinan la política exterior que impulsa Trump, fundamentalmente unilateral y proteccionista. Es decir,

aunque el discurso y la praxis aparentaran que Trump carece de un anclaje doctrinal-referencial, puede verificarse la conexión de sus decisiones con elementos *anti-establishment* que, con Steve Bannon¹ como coordinador creativo, dominaron su carrera hacia la presidencia y, una vez lograda, la primera etapa de su administración.

Desde el momento en que Trump asume como presidente de los EE.UU., fue colocado en el Salón Oval el retrato de un presidente estadounidense del siglo XIX: se trataba de Andrew Jackson, séptimo presidente de Estados Unidos. Bannon había sido el ideólogo, desde el inicio de la campaña presidencial, de recurrir a los rasgos más relevantes de Jackson como parte de la confrontación interna contra los llamados globalistas y otras facciones dentro del partido republicano. A su vez, Bannon se inspiró en los trabajos del reconocido historiador Walter Russell Mead², especialmente de su libro del 2001, *Providencia especial*, y en sus ensayos publicados en *Foreign Affairs* y *The American Interest* y columnas en el *Wall Street Journal*. Afirma Mead:

Si se quiere comprender la presidencia de otra manera incomprensible de Trump, se necesita entender al séptimo presidente de Estados Unidos. Bannon no está en la Casa Blanca, y creo que no es bienvenido, pero su influencia aún se siente. La base de Trump sigue siendo jacksoniana. Y Trump sabe cómo jugar esta base. Así que incluso cuando Trump se ha adaptado de alguna manera a las necesidades del

¹ CEO de la campaña de Donald Trump y asesor principal de la presidencia durante los primeros 7 meses de su mandato. Fue propagandista del Tea Party y fundador del medio ultraconservador *Breitbart News*. En una de sus raras apariciones públicas, Bannon habló en la conferencia política conservadora CPAC - Conservative Political Action Conference- el 23 de febrero de 2017, junto con el Jefe de Gabinete de la Casa Blanca, Reince Priebus. En ella Bannon describió la agenda de la administración Trump como centrada en la "seguridad y soberanía nacional", el "nacionalismo económico" y la "deconstrucción del estado administrativo". Fue despedido por Trump en agosto de 2017. Fue asesor, posteriormente, de Jair Bolsonaro en Brasil, Matteo Salvini en Italia y del húngaro Victor Orban.

Disponible en: <https://www.biography.com/personality/steve-bannon>

² Mead clasifica la política exterior de Estados Unidos en cuatro escuelas, cada una vinculada con el pensamiento de figuras políticas sobresalientes: la de Alexander Hamilton, primer secretario del Tesoro norteamericano (1789-1795), realista y determinada por las posturas comerciales, y la de los presidentes Thomas Jefferson (1801-1809), inclinado hacia los ideales democráticos; Woodrow Wilson (1913-1921), defensor de los principios y valores morales, y Andrew Jackson (1829-1837), nacionalista, antielitista y militarista.



establishment de Washington (no puedes reinventar completamente la política exterior estadounidense), él continúa orientándose de esta manera (Glasser, 2018).

Ahora bien, debemos preguntarnos, de manera sintética, qué significa ser un *jacksoniano*. Salvando el anacronismo y la compleja diversidad de componentes que se incorporan con las nuevas coyunturas de la gobernanza global, podemos enumerar lineamientos de política interna que subordinan la política exterior, como explica Richard Haass, presidente del Council on Foreign Relations:

Si para el *establishment* americano de política exterior esta debía empezar en casa, ahora es la política interior la que empieza fuera de las fronteras, porque es en el exterior donde se construye el cambio que Trump quiere promover dentro de América (Haas, 2018).

Es característica de la administración Trump la insistencia de valerse de una terminología nacionalista que no colabora en encontrar soluciones diplomáticas en las relaciones exteriores. Los conflictos internos en los Estados Unidos aventuran una subordinación de la política exterior, y más aún cuando esta depende de una expresión marcadamente unipersonal. A partir de aquí podemos aproximarnos a la comprensión del atractivo que significa la presidencia de Andrew Jackson (1829-1837) como patrón comparativo y directriz de los actos de gobierno del actual gobierno de Estados Unidos. Sellers-May-McMillen definen al llamado Viejo Nogal (*Old Hickoy*) de esta manera:

Jackson fue el primer presidente que actuó según el principio de que el propio pueblo debía decidir la política pública. Razonando que el presidente era la única autoridad federal electa por el pueblo en conjunto, estaba sumamente seguro de que sus políticas representaban la voluntad popular. Tan grande era la confianza popular que inspiraba, que la gente, o la mayoría de la gente, generalmente estaba de acuerdo (McMillen y Bolton, 1985).

Sobre la novedad que implicaba el ascenso al poder de Jackson a la presidencia de aquella joven Unión, agregan los autores:

Aunque el candidato del pueblo había sido electo, no resultaba nada claro que política aplicaría una administración popular. El

propio Jackson poseía escasa experiencia política...pero al asumir este papel de tribuno democrático, Jackson aumentó considerablemente el poder de la presidencia en relación con el Congreso. (McMillen y Bolton, 1985)

Jackson había iniciado una nueva era, orientando las instituciones y prácticas financieras para que estuvieran al servicio de la joven nación que ya ostentaba un espíritu de empresa. Así también encaminó las instituciones y a la política para que estuviesen al servicio del emergente "espíritu de democracia igualitaria". Es el periodo en que el francés Alexis de Tocqueville visitaba los Estados Unidos, que inspiró su obra *La democracia en América*. A tal punto el *jacksonismo* había modificado la estructura de poder existente, conformado hasta entonces por una clase alta y aristócrata, que se verificó un antes y un después de las formas de ejercer la política en aquellas primeras décadas del siglo XIX:

Al proyectar al nivel nacional el nuevo estilo de política democrática iniciado en los estados durante la década de 1820, los *jacksonianos* crearon un poderoso partido político y obligaron a sus adversarios a imitar su organización y técnicas para atraer a una masa electoral (McMillen y Bolton, 1985).

Para la clase política desconcertada, Mead proporcionó una respuesta para explicar el atractivo populista por demás extraordinario de Donald Trump. El *jacksonianismo*, tal como lo interpretó Mead, fue justamente el precedente histórico para explicar al multimillonario, que interpretaba la indiferencia popular por las elites, la profunda sospecha de las intervenciones en el extranjero y la obsesión con el poder y la soberanía de los Estados Unidos. Afirma Mead:

...Había tanta hambre en los Estados Unidos por una figura *jacksoniana*, que la gente estaba dispuesta a proyectar muchas cualidades en este tipo de desarrollista de bienes raíces, que se convierte en el héroe popular de los estadounidenses que odian a Nueva York y sospechan de las grandes empresas (Glasser, 2018).

Para explicar los antecedentes históricos de la postura de Trump hacia el libre comercio, el ataque al *establishment* y la utilización de cierto tipo de nacionalismo chauvinista, Mead ofreció un marco intelectual para entender a Trump en un momento en que otros permanecían simplemente



confundidos por el accionar del presidente, de su verborragia sencilla y altanera y sus manifestaciones sorprendentes por las redes sociales. Ese nacionalismo centralizado expresado de manera constante, para la agenda nacional e internacional, tenía sus fuentes en aquella representatividad directa entendida por Jackson, que en los fundamentos del decreto de prohibición del cobro de derechos dentro del Estado (10 de diciembre de 1832) afirmaba:

Así pues, la Constitución de los Estados Unidos constituye un gobierno, no una liga; y el hecho de que esté formada por un pacto entre los estados de cualquiera otra manera, no altera su naturaleza. Se trata de un gobierno en el cual el pueblo está representado, que actúa directamente sobre cada individuo, no sobre los estados; ya que el pueblo retuvo todo el poder que no le concedió (Morris, 1962).

El rechazo y antagonismo de Trump hacia los fundamentos del orden internacional posterior a la Guerra Fría, la ruptura de alianzas y aliados, la indiferencia hacia las instituciones internacionales (como la OMC de manera reiterada) y el fortalecimiento de un libre comercio y un férreo proteccionismo lo hicieron perfectamente compatible con los atributos del jacksonianismo, que venía a darle el anclaje a su política interna y externa. Pero Trump no es ideológicamente consistente. La filosofía jacksoniana puede definirse, según señala Mead:

A diferencia de los neoconservadores o intervencionistas liberales, que tienen doctrinas de política exterior bien desarrolladas, muchos jacksonianos piensan en la guerra y la paz de manera más instintiva. Con ellos es un instinto más que una ideología: un conjunto de creencias y emociones con forma cultural en lugar de un conjunto de ideas (Beauchamp, 2016)

El electorado de Trump identifica que el honor nacional es un valor primordial y también una preocupación que puede mitigarse en la promesa de Trump de hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande. Trump intimidará y engañará a sus adversarios, y en cuanto a ISIS, por ejemplo, lo bombardeará y lo someterá. A Corea del Norte la amenazará con destruirla y luego arribará a un acuerdo, como el que alcanzó en Singapur en junio de 2018, con Kim Jong-un, al que llamó poco tiempo antes “hombre cohete”, en mención a su programa misilístico nuclear.

La política exterior de Jackson siguió la misma línea política de los anteriores presidentes, basada en la Doctrina Monroe de una “América para los americanos”, surgida para contrarrestar las pretensiones europeas del Congreso de Viena y la consagración del principio de intervención de las potencias que se impusieron al imperio napoleónico. Al final de su mandato, una disputa con Francia acercó peligrosamente a ambas naciones a la guerra. Fue en un tratado en 1831 que Francia acordó pagar un resarcimiento por depredaciones que las fuerzas napoleónicas habían realizado sobre envío de mercaderías estadounidenses a Europa. Al negarse Francia al pago posteriormente, Jackson solicitó al Congreso que autorizara represalias que produjeron una peligrosa escalada:

El gobierno francés exigió la retractación de este insulto como condición de pago. Jackson respondió en efecto que lo que dijo al Congreso no era asunto de un gobierno extranjero. El callejón sin salida se profundizó hasta 1835: se retiró a los ministros y comenzaron los preparativos militares. Finalmente, bajo instancias británicas, los franceses acordaron interpretar un pasaje conciliatorio en un mensaje posterior de Jackson como disculpa suficiente. (Feller, 2019)

Si bien numerosos historiadores y biógrafos de Jackson (James Parton, John Spencer Bassett, Frederick Jackson Turner, etc) no mencionan la actuación del presidente en los asuntos externos de la Unión de aquella época, otros autores afirman que dio una considerable importancia a la política exterior. Incluso detallan su manera de llevarla adelante, en particular la relacionada a la expansión y diversificación del libre comercio:

La resolución de la crisis francesa fue solo uno de los logros diplomáticos de Jackson. Combinando hábilmente energía, bravuconería, tacto y paciencia, Jackson estableció un curso para expandir el comercio estadounidense, resolver reclamos de larga data, restaurar el prestigio estadounidense y ampliar los límites territoriales de Estados Unidos. Como resultado del liderazgo de Jackson, Estados Unidos logró una serie de triunfos diplomáticos, además del acuerdo con Francia. El tratado con Gran Bretaña reabrió el comercio estadounidense con las Indias Occidentales Británicas, mientras que el acuerdo con Siam fue el primero entre Estados Unidos y una nación asiática. En parte y debido a estas iniciativas diplomáticas, las exportaciones estadounidenses aumentaron más del 75 por ciento y las importaciones crecieron un 250 por ciento durante



la presidencia de Jackson (World Biography U.S. Presidents, 2019).

Andrew Jackson, en la primera mitad del siglo XIX, proyectaba las relaciones exteriores hacia el sudeste y sudoeste, y no más allá, centrado en consolidar la unidad territorial de la Unión y, salvo la cuestión de Texas³ y el incidente con Francia mencionado (casi al final de su mandato), no tuvo mayores injerencias fuera de las fronteras. Siguió, en síntesis, la política de diferenciación hemisférica americana y la de evitar conflictos extranjeros, diseñada por James Monroe. Desde sus inicios, la administración Trump, ha mostrado poco interés en lo que suceda hacia el sur de la frontera que marca el Río Bravo, con excepción de México como socio principal del tratado de libre comercio y la función de cooperación respecto a la situación migratoria, especialmente la que surge del llamado Triángulo Norte de Centroamérica. Si bien esto fue más notorio en 2017, algunos vaticinaron que esta situación cambiaría en 2018.

Los Estados Unidos pusieron el foco de su interés en la cuestión venezolana desde aquel año, participando activa (no militarmente, aunque hubo insinuaciones al respecto) o indirectamente en los eventos de la profunda inestabilidad política y económica en Venezuela. Desde 2018 hasta el presente, la escalada de manifestaciones, acciones e insinuaciones con la oposición a Nicolás Maduro se recrudeció hasta el punto de producir tensiones en la región, cercanas a un conflicto armado que aproximó a la zona del Caribe a potencias extracontinentales como China y Rusia. También fue importante en la agenda de 2018 la negociación trilateral (con México y Canadá) de la nueva versión del NAFTA, que finalmente concluyó en Buenos Aires el 30 de noviembre en la cumbre del G20. En las negociaciones, Trump utilizó de manera reiterada la red social *Twitter*, en la que amenazaba con retirarse del acuerdo y darlo por

³ En 1835 se iniciaron enfrentamientos entre los colonos estadounidenses y el gobierno mexicano, y en la primavera de 1836, los tejanos emigrantes habían derrotado al ejército mexicano y estaban apelando a Jackson para su reconocimiento y anexión. A pesar de la posibilidad de incorporar a Texas y de sus propios deseos, Jackson procedió con cautela. En parte, no estaba convencido de que Texas pudiera mantener la independencia contra la fuerza militar mexicana y, por lo tanto, rechazó la anexión o incluso reconocer la nueva república sin la aprobación previa del Congreso. Aun así, sus esfuerzos anteriores para comprar la provincia ayudaron a sembrar la desconfianza mutua que provocaría la guerra entre Estados Unidos y México una década después.

expirado luego de casi 25 años de existencia. Para Trump en particular, la intimidación de un circunstancial o temporal enemigo es tan importante para los asuntos internacionales como para la vida empresarial, la cual conoce perfectamente y en la que maniobra con efectividad.

La concentración de intereses internacionales en Venezuela y otros externos a América pusieron a prueba el modelo de diplomacia mostrado por Trump hasta el momento; más para ser escuchado puertas adentro de su propia casa, que para ensayar acuerdos en el vecindario global. Esto responde a una tradición *jacksoniana* que evita el compromiso global, se opone a alianzas complejas o a ejercicios de construcción de naciones, pero que acepta la violencia en cualquiera de sus manifestaciones cuando percibe que se confronta directamente con Estados Unidos o cuando sus intereses se ven claramente afectados. Los *jacksonians* entienden que lo más importante del gobierno de los Estados Unidos, tanto en la política exterior como la doméstica, debe ser la seguridad física y el bienestar económico del pueblo estadounidense. Esta forma de llevar adelante la política estadounidense por el séptimo presidente permitió identificar una escuela que reconoció el enorme atractivo populista que le permitió recrear y transformar la política estadounidense. Ed Kilgore la define de esta manera:

Los *jacksonianos* son individualistas, desconfían del poder federal, desconfían del enredo extranjero, se oponen a los impuestos pero apoyan el gasto del gobierno en la clase media, se dedican a la Segunda Enmienda, desean el reconocimiento, valorizan el servicio militar y creen en el héroe que da forma a su propio destino. Los *jacksonianos* son antimonopolistas. Se oponen privilegios especiales y oficinas (Kilgore, 2019).

Sea que existan rasgos generales o coincidentes con otras escuelas que comparten ideales y valores, existe un consenso de asignar la visión de Trump en el casillero del jacksonianismo, que muestra con mayor claridad las claves de su práctica tanto en la dimensión interior como exterior de EE.UU.:

Trump, populista en el interior del país y nacionalista en el exterior, prefiere ver en su predecesor a un héroe popular de la lucha contra la elite política corrupta de la Costa Este, y al líder de los trabajadores de la clase media que hicieron



“grande” a Estados Unidos, y a quienes él les promete que lo volverá a ser (Zajec, 2018).

Cabe destacar, el énfasis deliberado que Trump incorpora en sus discursos contra la inmigración y las controvertidas soluciones que propone para mitigar o darle fin a las corrientes de migrantes que ingresan sobre todo desde el sur de Estados Unidos, a través de la frontera mexicana. El llamado *problema migratorio* implica para Trump manipular un elemento poco novedoso, pero necesario en la construcción discursiva de su plataforma de gestión.

De igual manera, para Andrew Jackson, el *extranjero* se encontraba dentro del territorio de la joven Unión. Eran las poblaciones indias del sureste de Estados Unidos: creeks, choctaws, seminolas, cherokees, chickasaws, etc. Incluso Jackson tenía una reconocida fama, siendo militar, de haber perseguido y exterminado pueblos aborígenes en Florida. Dentro de los objetivos de Jackson (como protector de las prerrogativas federales según las conveniencias coyunturales) y de la mayoría de su electorado, se encontraba inserta la remoción y desplazamiento de los nativos americanos de sus territorios, y no desaprovechó el momento en que se hizo más notoria la necesidad de asumir posturas decisivas. En los casos —ante el tribunal federal— caratulados *La Nación Cherokee vs. Georgia* (1831) y *Worcester vs. Georgia* (1832), no dudó en tomar una postura aquiescente:

Jackson ignoró el fallo de la Corte Suprema de los Estados Unidos, que consideró inconstitucional la ley del Estado de Georgia que disponía de todos los bienes que pertenecían a los nativos americanos. Además, la misma ley les ordenó a aquellos pueblos originarios abandonar Georgia. Innumerables miles de nativos americanos se vieron obligados a marchar al territorio de Oklahoma, y muchos murieron en el camino (Zacher, 2015).

Este hecho fue conocido como el *Sendero de las Lágrimas* (el camino forzado emprendido por los refugiados indios para su reinstalación más allá del Mississippi) y hasta hoy implica un controvertido debate cultural en la sociedad estadounidense. Para su época, Jackson tenía que cuestionar obligadamente las instituciones tradicionales y presentarse como un referente en la lucha contra la corrupción y favor de la igualdad social (de los ciudadanos y colonos blancos). Esto implicaba construir una imagen de

impasividad en la toma de decisiones y enfática en su argumentación. Podía decirse que era un populista antes de inventarse ese término (y antes de verificarse un sinnúmero de conceptos sobre lo que significa ser populista). Y se puede afirmar también, por añadidura, que Andrew Jackson era tan imprevisible como Donald Trump. O viceversa.

3. ¡Oye, Trump!

La aventura podrá ser loca,
pero el aventurero ha de ser cuerdo.
G. K. Chesterton

En julio de 2018, un experimentado dirigente mexicano, en su tercer intento, accedió mediante una mayoría abrumadora de votos a la presidencia de México: Andrés Manuel López Obrador (AMLO, como es también conocido). AMLO mantuvo la calma y el tacto diplomático ante los anuncios antimigratorios de Trump y otros exabruptos del mandatario. Incluso fue saludado y felicitado amistosamente por Trump en las redes sociales al resultar electo. Ya un año antes, AMLO, al presentar su libro *¡Oye Trump!* en Los Ángeles, expuso que en materia económica y comercial se debe procurar una relación de beneficio mutuo entre México y Estados Unidos. En aquella oportunidad enfatizó: “En la relación bilateral es importante tomar en cuenta que estamos unidos por la geopolítica. Somos vecinos, compartimos una extensa frontera y aunque ha habido desencuentros, y México ha sido agraviado, también existen históricos lazos de amistad y cultura” (AMLO, 2017).

López Obrador ganó las elecciones el 1 de julio de 2018 y asumió la presidencia el 1 de diciembre de ese mismo año. Participó invitado incluso por el presidente saliente, Enrique Peña Nieto, en las negociaciones del renovado NAFTA, garantizando así la celebración y culminación del gran acuerdo. Fue México, en 2019, el país que primero ratificó el acuerdo, contando Morena (el partido del presidente López Obrador) con la mayoría parlamentaria en el Congreso mexicano. Ante cada medida proteccionista de parte de Estados Unidos a través del arancelamiento sobre productos sensibles al comercio exterior mexicano (siempre como telón de fondo la competencia comercial entre China y Estados Unidos), AMLO respondió con restricciones a la importación de productos análogos, lo que llevó a acuerdos de resolución con Estados Unidos de manera rápida y eficaz en muchos de



los casos. El México de AMLO se hacía su lugar en la relación bilateral más importante del continente en el marco de la crisis de liderazgos latinoamericanos.

4. AMLO y la doctrina Juárez

Lo actual es un complejo amasado
con el barro de lo que fue
y el fluido de lo que será.
A. Jauretche

Andrés Manuel López Obrador asumió la presidencia de los Estados Unidos Mexicanos el 1 de diciembre de 2018. Este viejo líder de la izquierda mexicana había ganado las elecciones presidenciales del 1 de julio del mismo año con una amplia mayoría, siendo esta la tercera presentación en la contienda electoral por la primera magistratura mexicana. En su plataforma de campaña y en reiteradas ocasiones había sostenido el giro que daría México en las relaciones exteriores en caso de resultar electo. Podemos resumir algunos aspectos más relevantes de la proyección de la política exterior de AMLO y su base de ideas, siguiendo las declaraciones de Héctor Vasconcelos en 2018, quien ocupa hoy el cargo de presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado Mexicano:

- La política exterior de México volverá, como plataforma del lanzamiento del cambio y como herederos directos de la doctrina Estrada, a sus principios originales.
- México necesita voltear la mirada hacia otras partes del mundo, América Latina incluida, una región con la que comparte rasgos tanto culturales como históricos.
- México debe resistir cualquier presión de cualquier país. Esta será una de nuestras tareas primordiales: defender la independencia de nuestro país en los foros internacionales.
- Aplicación y ejercicio discursivo de la fracción X del artículo 89 constitucional: la no intervención y la libre autodeterminación de los pueblos, apoyados de la tradición jurídica internacional de la doctrina Estrada.

- El nuevo gobierno considera que la defensa del principio de no intervención no está reñida con que el próximo Gobierno de México sirva como mediador en conflictos internacionales, o que no esté comprometido con la defensa de los derechos humanos y la democracia.

- Mediante la Alianza del Pacífico profundizar las relaciones entre América Latina y la región Asia-Pacífico.

- Alejamiento del Grupo de Lima, con el fundamento de la aplicación irrestricta del derecho internacional, con una nueva mirada puesta en Sudamérica. Ejercicio de la doctrina Estrada como eje discursivo y político. No así un alejamiento, por lo menos en el corto plazo, de los Estados Unidos. Más allá de la siempre asimétrica relación bilateral. (Equipo de RT, 2018)

Este último ítem marcará decididamente la política exterior de AMLO. Por un lado, el desacuerdo con el Grupo de Lima (que su antecesor, Enrique Peña Nieto, había apoyado fuertemente) y la aplicación de la política de no intervención en la situación de la crisis venezolana debilitará sustancialmente la acción regional opositora al gobierno de Nicolás Maduro. Por el otro, suscribirá el acuerdo de renovación del NAFTA o T-Mec y su gobierno será el primero en ratificarlo. Así lo hace notar Tokatlian:

La dimensión de los retos internos y bilaterales respecto de Estados Unidos que enfrenta el gobierno del presidente López Obrador es de tal tamaño que ocupará su atención inicial y permanente. Las prioridades de México son domésticas y su vínculo con su vecino del norte no es sustituible por ningún otro. Su impacto en América Latina por lo tanto será menor que al que aspiran los progresistas del área. No obstante, no será irrelevante (Tokatlian, 2019).

López Obrador comenzó su gestión vinculándose con la figura del presidente mexicano Benito Juárez (1858-1872), uno de los personajes más importantes de la historia mexicana y referente obligado del actual mandatario. Lo definió como “el mejor presidente de todos los tiempos”. Desde que inició el proceso que lo condujo a la presidencia de México en julio de 2018, López Obrador mencionó en varias ocasiones las que consideró las tres grandes



transformaciones de México: la Independencia, la Reforma (encabezada por Benito Juárez) y la Revolución.

Además, ha señalado que su gobierno será el inicio de la Cuarta Transformación de México, haciendo alusión a las tres antes mencionadas (Nación321, 2019). En 2006, tras perder la elección ante Felipe Calderón, AMLO prestó juramento en el Zócalo capitalino como “presidente legítimo”. Aquella tarde, la senadora Rosario Ibarra le puso la banda presidencial que llevaba el águila juarista. Esta águila había sido el símbolo, en el siglo XIX, de la lucha de Juárez contra los conservadores. Algunos opinaron que AMLO tenía que buscar la manera de remozar su imagen, ampliando su base electoral y generando seguridad entre los votantes; tomó a Juárez como punto de referencia y esto le generó confianza a la población y lo distanció de sus adversarios. La figura de Juárez no siempre fue bien recibida por todos los políticos mexicanos. En su momento el presidente Vicente Fox (2000-2006) mandó retirar de Los Pinos (ex palacio presidencial) el retrato del expresidente. El cuadro se ubicaba en la residencia Lázaro Cárdenas, la que fuera la residencia oficial. Luego de la primera derrota electoral, AMLO necesitó construir una identidad histórico-social que, además de servir como elemento aglutinador, le sirviera como referencia política y cultural. En términos generales y comparativos podemos conocer someramente qué pensaba Juárez respecto de ciertos temas de la economía, que son comunes al interés de López Obrador:

Juárez era abiertamente un liberal, convencido de que la propiedad privada y el libre comercio eran las únicas herramientas para que la prosperidad económica pudiera hacer frente a las desigualdades sociales. No es que Obrador se haya mostrado como un enemigo de la propiedad privada y el libre mercado. En varias ocasiones ha llamado a los empresarios a sentir confianza en sus inversiones en México. Sin embargo, AMLO está en desacuerdo con las políticas neoliberales, incluso ya declaró el fin del neoliberalismo (DeMemoria, 2019).

En otro aspecto, es importante conocer de qué manera fue definida la política exterior de Juárez en los tiempos en que México se debatía entre la búsqueda de una identidad nacional, los resabios del principio intervencionista europeo sobre territorio mexicano y la delimitación definitiva de sus fronteras. La doctrina Juárez da fundamento a los principios que rigieron la política exterior que México adoptó como

resultado de su lucha contra la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano de Habsburgo, cuando el gobierno de Juárez anunció la suspensión de los pagos de la deuda externa en 1861. Luego del triunfo de México, se buscó establecer relaciones con otras naciones sin vulnerar sus propios intereses (Juárez reiteró la insubsistencia de los antiguos tratados firmados por México con las potencias europeas, a causa del apoyo de estas a la Intervención). Como señala Sierra:

A partir de la guerra de intervención, la figura de Benito Juárez adquiere perfiles de resonancia internacional, y en América, su figura de libertador y defensor de las instituciones republicanas fue comparable a las de San Martín, Sucre, Bolívar, etc. (Sierra, 1962)

La defensa del principio de no intervención se convirtió en regla de la política exterior de Benito Juárez y sentó las bases para otras doctrinas más de medio siglo después, como la de Venustiano Carranza sobre igualdad de los estados, la de no intervención, la de la autodeterminación de los pueblos y la de la solución pacífica de las controversias internacionales. O la doctrina Estrada, sobre el reconocimiento de gobiernos, en el que cada Estado puede decidir de manera soberana. Estos principios de derecho internacional fueron específicamente incorporados al artículo 89 (X)⁴ de la Constitución de 1988. AMLO los invocó en todo momento y delineó su plataforma de campaña con estos principios, como lo mencionamos *ut supra*, y los ejercitó antes de haber concluido sus primeros seis meses de mandato en el conflicto que enfrentó a casi toda América y gran parte las naciones europeas contra el gobierno de Nicolás Maduro en la etapa de mayor tensión de la crisis venezolana.

⁴ “En la conducción de tal política (exterior), el titular del Poder Ejecutivo observará los siguientes principios normativos: la autodeterminación de los pueblos; la no intervención; la solución pacífica de controversias; la proscripción de la amenaza o el uso de la fuerza en las relaciones internacionales; la igualdad jurídica de los Estados; la cooperación internacional para el desarrollo; el respeto, la protección y promoción de los derechos humanos y la lucha por la paz y la seguridad internacionales;” Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Página del Honorable Congreso de la Unión. Cámara de Diputados. Disponible en: http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/1_090819.pdf



A partir del momento en que se produce el cambio político en América Latina, especialmente en Sudamérica, y los gobiernos poshegemónicos comienzan a su retroceso, también se opera la desactivación política de los organismos regionales que emergieron al calor de estos gobiernos progresistas. Un nuevo neoamericanismo se nucleó nuevamente en la OEA, y la región, que había construido estructuras independientes de la influencia directa estadounidense, comenzaba a realinearse a las políticas de Washington. Al mismo tiempo Latinoamérica inició su derrotero de pérdida de protagonismo en el mundo y, salvo situaciones aisladas, se contrajo en la política doméstica de cada Estado para diluirse en un regionalismo de libre comercio y de acuerdos bilaterales. Este repliegue, dice Toklatian, responde a un proceso histórico:

Algunos indicadores - entre muchos disponibles- ejemplifican esa caída. En 1945, cuando se creó la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el peso del voto regional era significativo: de los 51 miembros iniciales 20 eran latinoamericanos. En la actualidad hay 193 países en la ONU y la dispersión del voto de la región le resta aún más influencia a Latinoamérica como bloque. (Toklatian, 2019)

No obstante este análisis, para López Obrador el apoyo latinoamericano para cualquier proyección geopolítica (como influyente intermediario en las relaciones subregionales) y geoeconómica (como socio principal en Alianza del Pacífico y su pertenencia al T-MEC) es fundamental, y devuelve su vocación y rol de “hermano mayor” de América Latina, que había quedado truncado a partir de la decisión de asociarse a Estados Unidos a través del acuerdo del NAFTA en 1994. Es relevante agregar que México rivaliza histórica y directamente con Colombia y Venezuela por el predominio comercial y político en Centroamérica y el Caribe. Es prioritario, por lo tanto, para México recuperar su ámbito natural y mediato de influencia. La respuesta de Colombia, por ejemplo, ante la renovación de la política exterior mexicana fue extender y consolidar relaciones que en otro contexto no hubiera priorizado. Dicho en palabras de Toklatian:

...Hay que tener en cuenta que Colombia supo tener un papel activo en la promoción de la Alianza del Pacífico, pero desde la llegada al gobierno de López Obrador en México se ha replegado y reforzado su vínculo con otro gobierno de derecha

de la región: el de Piñeira en Chile. Si históricamente Bogotá miraba al Norte –expresado la doctrina colombiana de *respice polum*– y su lazo con Estados Unidos era estrecho, ahora ha abrazado a Washington con más convicción ideológica y motivación pragmática (Toklatian, 2019).

Estos movimientos en el tablero de la región expresaban una reconfiguración en la agenda de América Latina. Para AMLO, su oportunidad era más que clara: el liderazgo regional se encontraba vacante hacia al sur de sus fronteras y, si lograba adelantar la negociación del nuevo acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, la política exterior podría concentrarse en proyectar a México, nuevamente, como un Estado protagonista de los sucesos globales, un intermediario de confianza en el hemisferio. Primero fue llamar la atención y mostrar una solidez y coherencia discursivas, esgrimiendo un principio clásico de derecho internacional de cuño mexicano. Luego enarbó la bandera de la no injerencia en la cuestión candente de Venezuela⁵, para inmediatamente después iniciar su campaña para ocupar en 2020 un asiento, como miembro no permanente, en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En muy poco tiempo, México logró en este 2019, obtener el aval por unanimidad de los 33 países de América Latina y el Caribe para la presentación de su candidatura en el organismo internacional. En el video de presentación de la candidatura, AMLO dedicó parte de su discurso a su máximo referente político, el expresidente Benito Juárez:

El respeto al derecho ajeno es la paz, parafraseó el líder del Movimiento Regeneración Nacional (Morena), una frase que México exhibirá ante la ONU si llega a formar parte del Consejo de Seguridad. Por su parte, el embajador de México en Naciones Unidas, Juan Ramón de la Fuente, dijo: *Juárez ya está presente en Naciones Unidas*, y aseguró después que México tiene amplias posibilidades de salir victorioso, especialmente gracias al apoyo de toda la región de América Latina y El Caribe (Agencia EFE, 2019).

⁵ México se ausentó por segunda vez el 4 de febrero de 2019 de la reunión del GL, convocada en Ottawa. En ella se trataba nuevamente la cuestión venezolana, sobre la que México se había manifestado en no reconocer o desconocer gobiernos (el GL había reconocido al opositor Juan Guaidó el 4 de enero de 2019 como presidente de Venezuela) y se limitaba a mantener o no relaciones diplomáticas con los Estados. Esto implicaba el reconocimiento del actual gobierno de Nicolás Maduro el país caribeño.



5. Conclusiones

Trump es concebido por propios y extraños como un *outsider* que comunica con vulgaridad, incultura y, en este sentido, con una manera singular de honestidad. Su interés no radica (como tampoco tuvo especial énfasis en administraciones anteriores recientes) en interponer principios y valores del derecho y de la comunidad internacional, por el sólo hecho de que no fue una práctica común de los Estados Unidos el reconocer la unidad global, ni como un todo ni como un consenso. Se trata, como antaño, de tomar buenas decisiones comerciales, constituir unidades de negocios rentables, administrar y seleccionar alianzas y adversarios temporales, etc. Como afirma Olivier Zajec:

The chief business of the American people is business (El negocio principal del pueblo estadounidense es el negocio): tanto como de Jackson, en el plano de la praxis diplomática, Trump procede de esa consigna proclamada en 1925 por Calvin Coolidge, trigésimo presidente de Estados Unidos. (Zajec, 2018)

En este sentido, algunos aseguran que la visión de Trump es contraria a los ideales estadounidenses, pero resulta que, lejos de ser una ruptura política e inédita internamente o en relaciones internacionales, es la línea histórica que Estados Unidos mantuvo desde su advenimiento como potencia comercial, cultural y militar desde comienzos del siglo XX.

En otros términos, aunque su estilo abrasivo y grosero probablemente lo disimule, el actual presidente, jacksoniano o no, en la práctica sigue respetando la línea de conducta habitual de un Estados Unidos que no conoce amigos sino simples partners, accionistas minoritarios de estructuras de apoyo político y militar offshore cuyo accionista principal debe seguir siendo Washington... (Zajec, 2018).

Podemos describir sintéticamente lo que aparentemente implica pensar y actuar como un *jacksoniano*, conjugando los términos en que el presidente Donald Trump plantea la política interna y exterior de los Estados Unidos:

- Trump condena el sistema político y a todos los que han prosperado en él. Toda administración es, de alguna

manera, corrupta. Tanto el Congreso como demás cuerpos legislativos de los estados de la Unión, hasta cierto punto, son “el lugar de juegos” para la clase política y sus intrincados sistemas de *lobbies* y pactos. Por lo tanto, se deduce que los políticos de carrera son inherentemente poco confiables y percibidos negativamente por la población.

- Trump exterioriza cierto tipo de obsesión respecto a cómo otros países se aprovechan de los Estados Unidos. La clase política estadounidense, desde esta perspectiva, ya sea por ineptitud o malicia, responde directa o indirectamente a ciertos intereses foráneos.

- Trump se muestra implacable contra la inmigración ilegal (centroamericanos en general y refugiados sirios en particular). El discurso utilizado por el presidente profundiza una distinción absoluta e incluso brutal entre los miembros de la comunidad y los que considera extraños a ella.

- Como *jacksoniano*, Trump cree que, si bien los problemas son complicados, las soluciones son simples. El debate público que propone la clase política es demasiado sofisticado o matizado. El presidente lo resume en los términos en que el discurso político es confuso para la opinión pública, porque busca que no se identifique lo que se quiere hacer desde el gobierno, por lo tanto, es poco confiable.

- Trump aparentemente no cree en un gobierno limitado. Este debe hacer todo lo que esté a su alcance para promover el bienestar —político, moral, económico— de la población. Cualquier medio está permitido al servicio de este fin, siempre que no violen los sentimientos morales o infrinjan las libertades consideradas esenciales en la vida diaria de los ciudadanos.

- Así como Jackson, Trump no es ideológicamente consistente. La filosofía jacksoniana, por así decirlo, es un instinto, más que un sistema de ideas. Es más bien un conjunto de creencias y emociones con cierta forma cultural popular. Se puede comprobar con innumerables ejemplos, una sobreactuación política de ese instinto, lo



que demuestra una estrategia deliberada en la construcción de una imagen específica de liderazgo.

- Finalmente, para un *jacksoniano*, el honor nacional es un valor primordial, una preocupación que se manifiesta en la promesa de Trump de hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande (*Make America Great Again*). Los adversarios externos seleccionados serán intimidados, engañados y, finalmente, castigados. Sus discursos respecto al Estado Islámico y Corea del Norte, por ejemplo, demuestran con claridad y simpleza la intencionalidad de comunicar a la población de manera directa y llana. Internamente, también incluye un mensaje contra una élite “corrupta e ineficaz” que deberá rendir cuentas de sus acciones.

Andrew Jackson dejó el cargo como un presidente popular. Al parecer había cumplido los objetivos del creciente segmento de la población, que exigía la oportunidad de compartir la riqueza de la nación. Incluso el pueblo estadounidense de la época no culpó a Jackson por la depresión económica que vino después y se había generado un fuerte consenso para la eliminación del nativo americano.

Es un análisis válido y consensuado, que, desde esta perspectiva histórica, el hecho de que Donald Trump haya logrado ser presidente y mantenga cierto apoyo mayoritario para un segundo mandato reside en el grado de descontento que existe en el electorado estadounidense y su creencia de que Trump tiene los medios para resolver ese descontento, de la misma forma que Jackson dirigió los destinos de la nueva nación en el siglo XIX.

Paralelamente en México, siguiendo antecedentes de referencia histórica, López Obrador expuso con eficacia, al devaluar el Grupo de Lima en la cuestión venezolana y generando políticas conjuntas con los países centroamericanos, que su vocación en la construcción de un nuevo liderazgo regional es temporalmente muy acertada. Demostró que la tradicional política exterior mexicana basada en la doctrina Juárez no solo está intacta, sino actualizada y

fortalecida. Esto resultó positivo, necesario y urgente, ya que, como lo hace notar Monti: “Los tradicionales principios de no intervención, de libre determinación y de igualdad jurídica de las naciones poseen una vigencia que viene resultando crecientemente condicionada, y a veces conculcada en los hechos”. (Monti, 2004)

Como valor agregado, México comprende, luego de más de 20 años de una activa interacción de libre comercio con la primera potencia mundial, que su relación con Estados Unidos no se basa o inicia solamente a partir de la firma de un acuerdo comercial. Ni exclusivamente como aliado ni como principal adversario. Ello sería omitir una relación construida históricamente entre los grandes socios del norte del continente y por los más novedosos proyectos de consolidación de América del Norte, que hasta los sectores más nacionalistas mexicanos ven con buenos ojos. La confrontación con China, la relación en estado de alerta con Rusia y la situación de tensión con Medio Oriente, siempre vigente, hace que Estados Unidos aparezca alejado del continente. Este aparente aislacionismo se conjuga con un proteccionismo en un debate directo y duro (*jacksoniano*) con China, como la primera economía mundial. En términos geopolíticos, la tradición política mexicana comprende el rol que tiene asignado en el juego de pesos y contrapesos en la región americana. En ese aspecto, Cadenhead afirma: “El problema del futuro de México es inseparable del de América Latina, y éste, a su vez, está comprendido en otro: el futuro de las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos”. (Cadenhead, 1986, pág. 160)

El nombre de Juárez en el siglo XIX no fue conocido con profundidad en el continente, hasta su actuación decidida en su lucha contra la Intervención. Los problemas políticos internos de México no le dieron proyección continental, sino hasta que aquella situación pasó al terreno de lo internacional. Hoy México regresa renovado a su rol histórico de articulador de dos subcontinentes y elige como prioridad irrumpir como actor global desde de una región, aparentemente, cada vez más devaluada.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGENCIA EFE (2019). *México será candidato al Consejo de Seguridad de la ONU en 2020*. Recuperado el 30 de julio de 2019, de <https://www.efe.com/efe/usa/politica/mexico-sera-candidato-al-consejo-de-seguridad-la-onu-en-2020/50000105-4028299>
- AMLO (2017). "Oye Trump". Recuperado el 19 de julio de 2019, de Sitio Oficial de Andrés Manuel López Obrador: <https://lopezobrador.org.mx/temas/oye-trump/>
- BALSA, Javier (2006). "Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía". En: *Revista THEOMAI*. Nro. 14, pp. 16-36.
- BEAUCHAMP, Zack (2016). "The Donald Trump dove myth: why he's actually a bigger hawk than Hillary Clinton". En: *Vox*. Recuperado el 22 de julio de 2019, de <https://www.vox.com/world/2016/5/27/11608580/donald-trump-foreign-policy-war-iraq-hillary-clinton>
- CADENHEAD, Ivie E. (1986). *Juárez*. Barcelona: Salvat Editores.
- DEMEMORIA (2019). "¿Qué tanto tienen en común Benito Juárez y AMLO?". Recuperado el 24 de abril de 2019, de <https://www.dememoria.mx/politica/benito-juarez-amlo/>
- EQUIPO DE RT (2018). "Los planes de López Obrador para América Latina: ¿Cómo serán las relaciones exteriores de México?". Recuperado el 08 de julio de 2019, de RT: <https://actualidad.rt.com/actualidad/279499-exclusiva-proximo-canciller-mexico-detalla>
- FELLER, Daniel (2019). "Andrew Jackson: Foreign Affairs". En: *Miller Center Website*. Recuperado el 4 de agosto de 2019, de Miller Center: <https://millercenter.org/president/jackson/foreign-affairs>
- GLASSER, Susan (2018). "The Man Who Put Andrew Jackson in Trump's Oval Office". En: *Politico Magazine*. Recuperado el 30 de julio de 2019 de: <https://www.politico.com/magazine/story/2018/01/22/andrew-jackson-donald-trump-216493>
- GUIBERNAU, Monserrat (2009). *La identidad de las naciones*. Barcelona: Ariel.
- GUILHERME MELQUIOR, José (2007). "Filosofía de la historia. Pensamiento sobre un posible renacimiento". En: *Tiempo Memoria*, pp. 74-80.
- HAASS, Richard (2018). "A World in Disarray. American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order". Archivo de video de *Council on Foreign Relations*. Recuperado el 15 de agosto de 2018, de: <https://www.cfr.org/book/world-disarray>
- KILGORE, Ed (2019). "The heirs of Andrew Jackson". En: *Intelligencer*. Recuperado el 7 de agosto de 2019, de <http://nymag.com/intelligencer/2019/06/trump-may-be-the-true-heir-of-andrew-jackson.html>
- MCMILLEN, Neil y BOLTON, Charler (1985). *A Synopsis of American History*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- MELUCCI, Alberto (1982). *L'invenzione del presente: movimenti, identità, bisogni individuale*. Bologna: Il Mulino.
- MONTI, Ángel (2004). *Proyecto nacional e identidad nacional integrada: proyectos de sociedad a niveles mundial y regionales*. Buenos Aires: Universidad Tecnológica Nacional.
- MORRIS, Richard (1962). *Documentos fundamentales de la Historia de los Estados Unidos de América*. México DF: Libreros Mexicanos Unidos S.A.
- NACIÓN321 (2019). "¿Por qué AMLO quiere ser como Benito Juárez?". Recuperado el 10 de agosto de 2019, de <https://www.nacion321.com/gobierno/por-que-amlo-quiere-ser-como-benito-juarez>
- SIERRA, Carlos J. (1962). *Benito Juárez y su proyección continental*. México D.F.: Dirección General de Prensa, Memoria, Bibliotecas y Publicaciones.
- TOKLATIAN, Juan (2019). "América Latina camina hacia la debilidad y la desintegración". Entrevista para *Nueva Sociedad*. Recuperado el 29 de julio de 2019 de: <https://nuso.org/articulo/america-latina-camina-hacia-la-debilidad-y-la-desintegracion/>
- WORLD BIOGRAPHY U.S. PRESIDENTS. (2019). "Andrew Jackson - Foreign affairs". Recuperado el 10 de julio de 2019, de <https://www.presidentprofiles.com/Washington-Johnson/Andrew-Jackson-Foreign-affairs.html#ixzz5x5fg7gsA>
- ZACHER, Alfred J. (2015). "History News Network. Recuperado el 23 de agosto de 2019, de Is Donald Trump Another Andrew Jackson?". En: *History Networks*. Recuperado el 14 de julio de <http://historynewsnetwork.org/article/160610>
- ZAJEC, Olivier (2018). "Los inspiradores de la política exterior de Trump". En: *Le Monde Diplomatique*. Recuperado el mayo de 2019, de <https://www.eldiplo.org/223-que-politica-para-las-fuerzas-armadas/los-inspiradores-de-la-politica-exterior-de-trump/>

Recepción: 03/06/2019
Aceptación: 29/07/2019